

Martes, 3 de enero de 2017  
“El pecado y la gracia”

1 Jn 2, 29 - 3, 1-6

*Si sabéis que él es justo, reconoced que todo el que obra la justicia ha nacido de él.*

*Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no le conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. Todo el que comete pecado comete también la iniquidad, pues el pecado es la iniquidad. Y sabéis que él se manifestó para quitar los pecados y en él no hay pecado. Todo el que permanece en él, no peca. Todo el que peca, no le ha visto ni conocido.*

El terrible mal de este mundo es el pecado. El pecado significa separación de Dios y en este texto se lo describe como “iniquidad”.

Dios nos dio los mandamientos para que tengamos una clara orientación sobre lo que corresponde a su santa voluntad. Al cumplir los mandamientos, vivimos de tal forma que Dios puede estar en comunión con nosotros.

En el fondo, cada pecado representa una rebelión contra Dios, aun cuando la persona no sea consciente de ello. La cuestión de la culpa, en cambio, es distinta. Por ejemplo, si la persona no ha escuchado lo suficiente sobre la existencia del pecado y tiene, por tanto, una conciencia poco formada, entonces la culpa no puede ser medida de la misma forma que si se tratara de alguien que muy bien conoce los mandamientos divinos. Sin embargo, en el plano objetivo el pecado será siempre una rebelión y un rechazo contra Dios, y al mismo tiempo una vinculación con el mundo de la mentira.

Es importante que tengamos esto muy en claro, pues de lo contrario tampoco podremos comprender la verdadera misericordia de Dios. Evidentemente es necesario también considerar a nivel personalizado las circunstancias en las que la

persona cayó en el pecado: ¿cuánto conocimiento tenía?, ¿cuánta libertad tuvo en su decisión?, etc.

Sin embargo, no podemos perder de vista el claro reconocimiento del pecado en sí mismo, para poder comprender lo que significa que Jesús haya venido para quitar el pecado del mundo. Si se trivializa o se relativiza el concepto de pecado, no podemos comprender realmente el amor de Dios ni el significado de la redención; no podríamos entender cómo Él nos mira con amor infinito y no nos quiere dejar expuestos a la destrucción del pecado.

Él nos ofrece, por el perdón de las culpas, una nueva vida, una vida que se aleja del pecado. El pecado y sus efectos destructivos han de ser vencidos por la gracia de Dios; todas las estructuras de pecado que se hayan formado en nuestro interior han de ser tocadas y trasladadas a la vida ordenada de la gracia. De este modo, nuestros pensamientos y sentimientos serán cada vez más conformes a Dios, y nos haremos capaces de servir a Dios y a los hombres en su Espíritu.

“Ahora somos hijos de Dios”, nos dice el texto, pero nos espera una gloria aún mayor, que ahora todavía no se manifiesta. Esta gloria ya tiene inicio cuando empezamos a vivir como hijos de Dios, cuando su Espíritu obra en nosotros y nos transforma. Entonces empieza a revelarse la imagen de Dios en nosotros; notamos cómo las virtudes pueden crecer, cómo nuestro interior se dirige cada vez más hacia Dios, aun con todas las debilidades que todavía tenemos. Pero... ¿cómo seremos en la eternidad?

Nos podemos hacer una idea contemplando a la Virgen María. En ella se manifiesta especialmente cómo la gracia de Dios impregnó toda su vida. Si ya en su vida terrena irradiaba tanta luz, ¿cuánto más ahora, que vive en la gloria de la presencia de Dios!

También en los santos resplandece esta luz. Nos podemos hacer una idea de cómo Dios pensó al hombre y de aquello que nos espera en la eternidad. ¡Esto podemos anhelar con inmensa alegría!

Si pudiéramos contemplar por un instante cómo estaremos después de nuestra vida terrena (si la completamos en su gracia), viviendo en su gloria, entonces nos

quedaríamos sin aliento y ansiaríamos estar ahí cuanto antes. Tal vez este anhelo también nos ayudaría a recorrer nuestro camino con mayor fervor.

En este punto, quisiera compartir una impresión interior que tuve una vez estando en oración. Fue como escuchar la voz de una santa diciéndome: “Si supieras cómo es aquí, ya no quisieras permanecer más en la tierra”. ¡La gloria que tendremos es incomparable!

Tanto más importante es que desde ahora empecemos a trabajar en nuestra transformación interior. Esta transformación es un largo camino; no sucede de un día para el otro.

Pero eso sí: ese glorioso día venidero empieza con la Redención y con el camino de santificación. Las consecuencias del pecado se reducen cada vez más en virtud de la gracia.

Si nos aferramos a la esperanza de que seremos para siempre seres maravillosos en la presencia de Dios, entonces nos santificamos porque confiamos en la promesa divina. Porque no son ideas o imaginaciones que nos hemos hecho, sino que se trata de la promesa que Dios nos hizo.

Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y dejemos que la gracia de Dios borre en nosotros los efectos del pecado. Entonces podremos ayudar a otras personas que todavía están cautivadas por el pecado y no se han encontrado con el amor de Dios, o al menos no lo han conocido lo suficiente.